

DEFENSOR DE ALBACETE

Periódico independiente

DIARIO DE LA TARDE

Oficinas: Mayor, 47

Año XXVIII.—Número 7.101

Director-proprietario: ELISEO RUIZ

Dirijase la correspondencia al Apartado de Correos número 19

Jueves 14 de Mayo de 1925

COMENTARIOS DEL DÍA

SOBRE LA ACTUACIÓN DE LOS POLÍTICOS

Como si no estuviéramos hartos de problemas, parecemos dados, los españoles, a la tarea de buscarlos en cuestiones íntimas. ¿Es conveniente o no para el nuevo régimen la actividad de que dan señales ciertas varios políticos? No hace muchos días don Angel Ossorio en unos artículos publicados en «El Sol» hablaba de la crisis del sentido conservador; anteriormente el señor Goicoechea había demostrado su cariño por la implantación de un régimen presidencialista, el ex ministro señor Bergamín, en unas declaraciones, afirmaba que los políticos son necesarios para la política, como el profesional lo espera todo ejercicio de una carrera o de un trabajo; el Conde de Romáñones, inquieto como siempre, muestras lleva dadas de mantener el deseo de hablar en público; el señor Villanueva se propone publicar unos estudios acerca del problema económico, y el Marqués de Villaurrutia prepara la publicación de un libro, en el cual recoge muchos recuerdos de carácter político.

Difícilmente los políticos, podrán estar acordes con el movimiento y transformación de régimen iniciado el 13 de Septiembre, pero difícilmente también podrán estar en el margen en la tarea de la reconstitución nacional.

Un deber de conciencia nostálgico les lleva a estudiar los asuntos de carácter nacional, y cada uno se prepara técnicamente en su materia para influir en las normas políticas del porvenir, todavía incierto en cuanto a la precisión del contorno.

De la actividad de los políticos se destaca el señor Sánchez Guerra con un criterio personalista, cuya exteriorización se ha considerado por fétidos inoportuna.

Los políticos que estudian un problema y que con su indiscutible experiencia se atreven a exponer el desenvolvimiento de su estudio con claridad y patriotismo, realizan una labor interesante, lo mismo en el campo de la intelectualidad que en el arte de las formas de bien gobernar. Los políticos, ciertamente, cometieron con sus ineptitudes un grave crimen, cuya sanción ha sido la repulsa general que el país manifestó al aprobar con aplauso la determinación revolucionaria de gabinete del General Primo de Rivera.

Más en el frontispicio de las cárceles figura aquella frase clásica que es lo único que aprenden los alumnos en la clase de Derecho Penal: «O día el delito y compádate al delincuente». La Iglesia no quiere tampoco la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva. Si por males de sus pecados, los políticos en España tanto perjudicaron con sus desaciertos el crédito del país, pueden purificarse en el Jordán de las aguas del nuevo régimen y dedicar su talento natural e indiscutible, su experiencia valiosísima de gobierno, la claridad de su inteligencia y los naturales impulsos de su corazón, a servir a España generosamente, poniendo a contribución su personal esfuerzo en el logro de una España más rica, más sabia y más prospera.

El señor Gasset entre los políticos del antiguo régimen, es el que tiene personalidad política más definida para colaborar en esta nueva y gran obra. Constantemente ha estado predicando por España la necesidad de

una política hidráulica para la reconstitución nacional sin que ciertamente haya encontrado aquella cooperación que merecía su propósito político noble y bien inspirado para el engrandecimiento de España.

Hoy día se reconoce que los pueblos españoles piden una cosa que necesitan antes que ninguna otra: agua y ferrocarriles.

He aquí, en síntesis, en solo dos palabras el secreto de una política verdaderamente nacional. Para servirle no deben ser considerados a los políticos como extraños. Cuantos hemos nacido en España tenemos el deber inexcusable de contribuir con nuestro esfuerzo al triunfo de esta política salvadora, que será en la vida internacional el gran triunfo de la patria.

JUAN DE ALFARACHE

TRIBUNALES

Señalamientos para mañana en la Audiencia.

Murcia-Catedral. Vista de un pleito seguido entre don Antonio Pellicer Salas, don Salvador Esteve López y el Estado, sobre pobreza del primero.

Letrados, señores Muñoz de Haro y Martínez Moreno y el del Estado. Procuradores, señores Sánchez Collado y Cantos.

Caravaca.—Vista de otro pleito seguido entre don Enrique Bejar Navarro, don Amancio Sánchez y otra y el Estado, sobre pobreza del primero.

Letrados, señores Sánchez Martínez y Serra Valcárcel.

Procuradores, señores González Vera y Cantos.

TEATRO-CIRCO

La Compañía Guerrero-Mendoza estrenó anoche la comedia legendaria en tres actos y un epílogo, en verso, «Don Luis Mejía».

Sin duda alguna, es de las mejores obras dramáticas y, poéticamente, de las más hermosas.

Es una joya que viene a sumarse a las obras maestras de la literatura española.

«Don Luis Mejía» alcanzará tanta popularidad como «Don Juan Tenorio», aumentando como aquella el nombre glorioso de nuestra patria, cuna de célebres poetas y valientes guerreros, de sabios pensadores y grandes literatos.

El novelista y el poeta han unido sus inteligencias, su arte, para concebir la divina producción que anoche nos deleitó. La fácil versificación, la admirable belleza de sus rimas llega a lo sublime en el canto a Sevilla. Un éxito inmenso para los autores.

Fernando Díaz de Mendoza y Guerrero, admirable en su interpretación de protagonista, siendo calurosamente ovacionado por el público que llenaba el Teatro.

Muy bien el señor Capilla en su papel de Gastón.

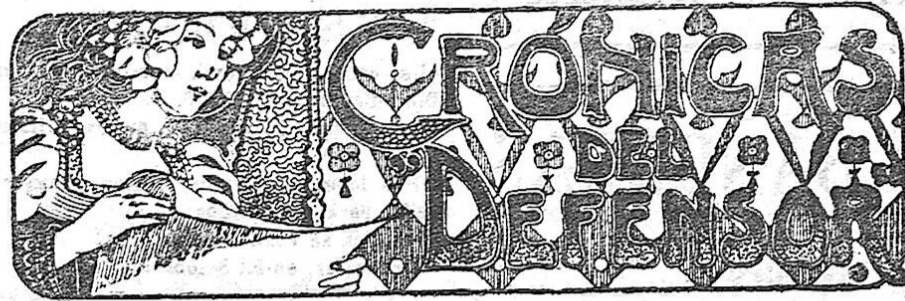
María Guerrero, aunque su intervención fué breve, se lució una vez más encarnando a doña Leonor de Olmedo.

María Guerrero López creó muy afortunadamente a doña Ana de Pantoja y las señoritas Larrabetti y Almarche contribuyeron al conjunto escénico de la obra.

La presentación fué excelente.

El público premió con entusiastas aplausos la labor afortunadísima de los intérpretes.

Para esta noche se anuncia la comedia en tres actos y en verso de los hermanos Quintero, que lleva por título «Cancionera».



LOS DESESPERANZADOS

El pesimismo momentáneo no justifica la desesperanza. Todavía resuenan demasiado en nuestros oídos los nombres de un pasado glorioso, como si después de ellos no hubieran venido nadie más o, lo que es peor todavía, no pudiese «ya» venir nadie más. ¡Triste pesimismo senil!.. Todos nos hemos vuelto viejos, de pronto. Y, apoyados en el báculo de nuestros prejuicios, elogiamos el pasado y los hombres del pasado. ¿Se quiere mayor sintoma de vejez espiritual? Es la voz de los viejos, sentados, en un banco, al sol. «En nuestros tiempos...»

A esos hombres que miran, y admiran el pasado y sus grandes personalidades, con el convencimiento de que aquello no podrá ser superado ni siquiera igualado, Nietzsche los llamó los «desesperanzados».

Indudablemente la desesperanza es un estado morboso. Se propaga, se extiende, invade grandes segmentos de la vida nacional y ocasiona verdaderos estragos. Un pueblo atacado de desesperanza, recuerda al individuo atacado de parálisis. La desesperanza es flor de charco. Las algas de la desesperanza se nos enredan por las piernas, obligándonos a chapotear en un albañal, abúlicos resignados, convencidos de la inferioridad de nuestra generación y de su impotencia para producir grandes figuras, capaces de ser comparadas con las del pasado que nos obsesiona hasta hacernos sentir la nostalgia de lejanas grandezas que, en nuestra desesperanza enfermiza, creemos que no pueden volver.

Esta dolencia espiritual se cura con la confianza en nosotros mismos. A condición, claro está, de que esta confianza no se funde en yerros, falsedades, engaños y embelesos. Hay que saber distinguir entre la ciencia y el charlatanismo, el patriotismo y la patriotía, el fanatismo y la religiosidad... Hay que averiguar si los hombres guías son realmente grandes o simples «comediantes de lo grande» según la nietzschiana, clasificación. (No olvidemos que Pfander, el diácono comentarista de Nietzsche, nos habla de «Los fanarrones que hasta se visten el ropaje de los grandes individuos y proceden a lo grande en la creencia de que así podrá como comediantes de lo grande, engañar a la multitud y engañarse a sí mismos»). Los malos poetas, los fabricantes de novelas, los relamidos pintores anquilosados, los filósofos oscuros, los periodistas ampulosos, los oradores grandilocuentes... contribuyen, en primer término, a engendrar desesperanzados.

Pero el hecho de que los fanarrones aparezcan, siempre, en el escenario de la comedia social, acaparando los títulos, las distinciones, la popularidad de la indoceta turba, y hasta el dinero, no quiere decir que ellos lo sean todo. El desesperanzado no tiene derecho a considerar que, puesto que fuera de los fanarrones o «comediantes de lo grande» no queda nada más, se ve obligado a admirar los grandes individuos de otra secta. Si queda. Y éste es el error fundamental del desesperanzado. Si la legión de desesperanzados se dedicase a buscar los hombres del presente—que los hay, preparadísimo, en todas las profesiones—en vez de extasiarse con

el recuerdo de los grandes muertos, mientras los «vivos» escalan audaces los primeros puestos, no tardaría en vencerse de lo infundado de su desesperanza.

Es muy cómodo sentarse al pie de unas ruinas y admirar las proezas de los muertos, mientras, en la ciudad trepidante, la mediocridad y la incompetencia se reparten el botín. ¿No ven los desesperanzados la responsabilidad que les alcanza, porque hay que tener en cuenta que el desesperanzado es fundamentalmente un espíritu selecto. No perdamos de vista que ya ha debilitado su cultura histórica. Compara demasiado. Es demasiado exigente. De esto nace su abstencionismo y su inhibición. Cuando, precisamente por su cultura necesitamos que intervenga, oponiendo a la inconsciencia de la turba, que toma por oro todo lo que reluce, sus dotes de experto conocedor de los hombres y su capacidad de valorización.

Se comprende que, en ciertas ocasiones, volvamos la vista atrás, para evitar la monotonía de la ruta que seguimos y eludir la distensión del paraíso espiritual que nos rodea. Pero, a condición de que no se convierta en sistema, exponiéndonos a convertirnos en bíblicas estatuas de sal.

Los desesperanzados limitan su misión a los crepúsculos magníficos. A fuerza de contemplar puestas de sol, han olvidado los encantos de la aurora.

Con esta disposición de ánimo no es posible preparar el advenimiento es lo nuevo hombres nuevos, ideas nuevas... que imperativamente reclama en vano la realidad peninsular.

Mientras los desesperanzados no se decidan a enterrar sus muertos y seguir, libre de la pesada carga, nuevos caminos, será difícil que en el páramo actual, surja la equivalencia de aquel pasado que sigue siendo objeto de sus fervorosas admiraciones incondicionales.

Cada época tiene sus hombres llamados a impulsar las nuevas ideologías. ¡No advierten los desesperanzados que su culto del pasado se convierte en rémora insuperable?... Los hombres y las ideas que ellos admiran, tan devotamente, son hombres e ideas que no han de volver. ¿Como no les ha asaltado todavía la sospecha de que la situación presente se hace estacionaria—nave sin velas en el mar muerto de las ideologías fracasadas—, precisamente por la influencia excesiva del pasado y el insano afán de sostener lo artificioso?

Los desesperanzados deben tener en cuenta que los grandes individuos de otras épocas, adquirieron su grandeza al luchar por el ideal de su tiempo. Busquemos primero el ideal. Los términos precisos de la interrogación que la esfinge Ibérica nos plantea, son bien bien conocidos: «¿Prolongación del sistema igualitario de un unitarismo inconsulto? ¿Agustiniánica unidad entre la muchedumbre y variedad?... Los mismos desesperanzados encontrarán en el pasado glorioso de sus admiraciones y devociones, altas figuras representativas de uno y otro concepto. Luego la realidad, con su trágico balance y las migajas del vasto imperio que no vió ponerse el sol, les dirá —ya que se empeñan en seguir las huellas de los ilustres muertos— cual de los dos conceptos ha fracasado. Y, por consiguiente, don-

de se refugia la esperanza, es decir, el ideal nuevo, encarnación de la realidad peninsular, tan diversa y tan varia, que torpemente hemos desdiseñado, generación tras generación, sin tener en cuenta el imperativo de la naturaleza que nos traza —al rodearnos de mares y acuar en la tierra y en sus habitantes tan claras diferenciaciones una línea recta y un fin.

Este es, en estos precisos momentos, un país de desesperanzados. ¿Acuables? No. Nuestros desesperanzados se refugian en el pasado, por falta de fé en el presente.

Pfander los considera debilitados por la cultura histórica. Ciertamente. Así es. Su desesperanza nace de este convencimiento: imposibilidad de recuperar la pasada grandeza. Y tendrían razón si nos empeñásemos en persistir en el error.

Por fortuna hay señales, augurios y preludios de que una era nueva se acerca.

Consejo a los desesperanzados: en vez de contemplar con pesadumbre el crepúsculo, es preciso acostumbrarse a mirar con ánimo esforzado el amanecer.

Al fin y al cabo, el espíritu, como el cuerpo, necesita su entrenamiento.

SANTIAGO VINADELLE.

FACETA DEL DÍA

MI BREVIARIO

A las veces, el espíritu no se encuentra propicio a humorismos ni comentarios, y cuando esto sucede, como hoy, leo en las páginas luminosas de un libro de Ramón y Cajal, en cuya encuadernación de piel de Rusia, he hecho grabar la palabra BREVIARIO.

Y no he sabido resistir la tentación de enviar como faceta, unos cuantos pensamientos del glorioso sabio, escogidos al azar; con ello habrán salido ganando la sección y mis lectores. Heos aquí:

«No perdones a tus hijos, servidores y amigos la primera falta grave si no quieres ser víctima de la última».

«Al recibir cruel desengaño de íntimo amigo, nada de reproches. Consolémonos diciendo: Huélgome infinito de que te hayas desembozado y dejado clasificar. Desde hoy quedo libre de disgustos, porque te he conocido».

«Apartarte progresivamente—sin rupturas violentas—del amigo para quien representas un medio en vez de ser un fin».

«Evita asimismo los amigos y protectores ricos y tontos. A poco que los trates, te verás convertido en su amanuense o en su lacayo».

«Quien desee medrar a sombra de los soberbios, imite al tamarindo profado junto al mar, a cuyas furiosas galernas se dobla y opone la menor superficie posible».

«No es tu amigo el personaje que te escribe mediante amanuense, o quién, al acordarte una entrevista sale del paso con vulgaridades y lugares comunes. En cambio, te estima quien al platicar contigo forja alguna frase feliz o expresa alguna observación oportuna».

«De todas las reacciones posibles ante una injuria, la más económica y hábil es el silencio».

«Deseamos hacernos simpáticos; pero pocas veces nos paramos a averiguar si las personas con quienes gastamos prosa y finezas, merecen nuestras preferencias. Conducta prudente será, antes de franquearse y enternecerse con alguien, hacerle hablar mucho para conocerle bien. «Habla para que te vea» decía Sócrates. Sacudamos el árbol cerebral del interlocutor, a fin de ver si suelta flores, rudas bellotas o frutos sabrosos».